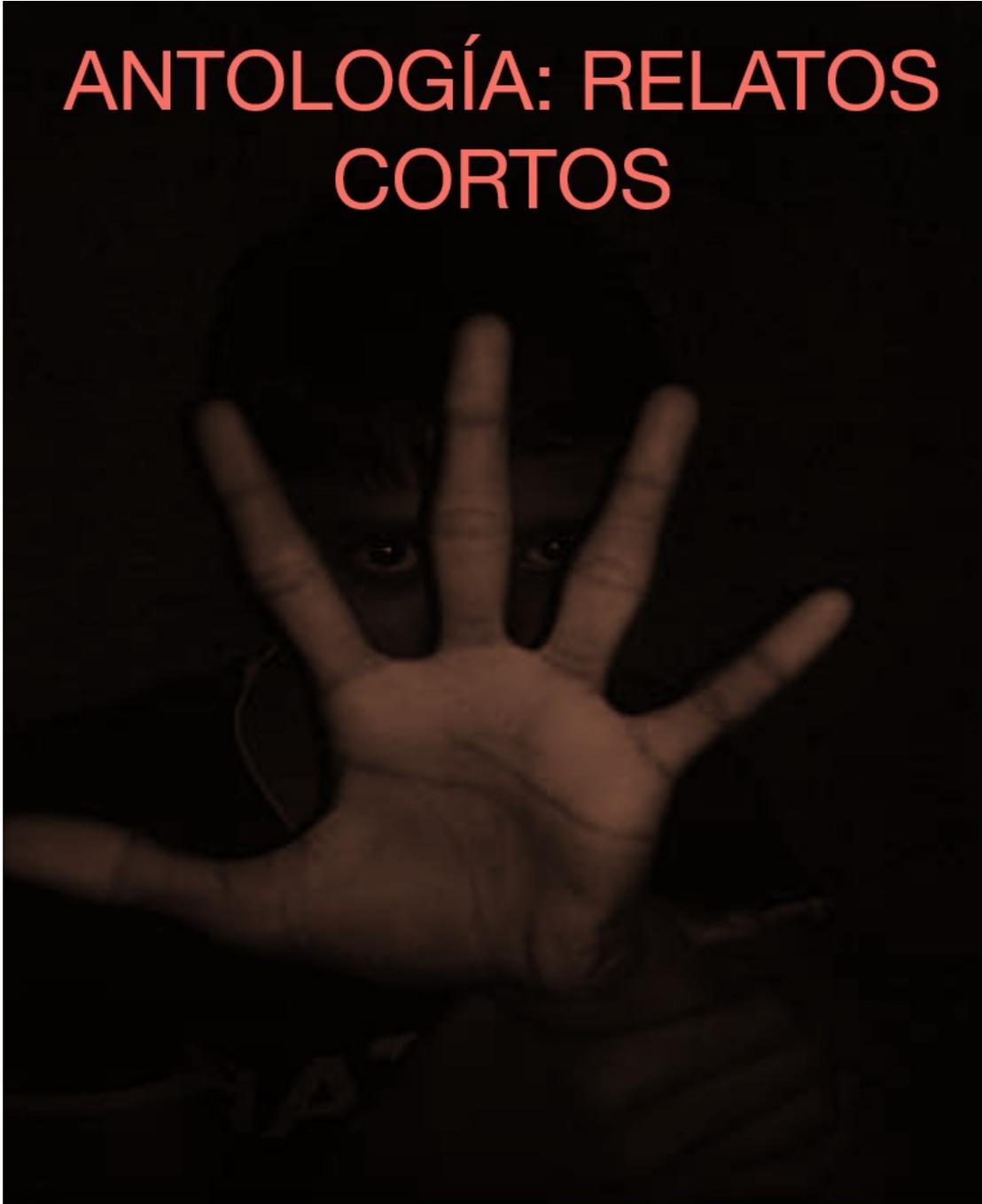


Antología de relatos cortos. Suspenso y Drama

José Luis Terán

ANTOLOGÍA: RELATOS CORTOS



J. L. TERÁN

Capítulo 1

Fingiendo mi muerte

Hoy un miércoles de octubre empezaré con la planificación, sí como bien lee de mi muerte. Desapareceré del mundo, de mi vida, de mi familia, mis amigos y mi historia se detendrá en este momento. Lo hago voluntariamente y las consecuencias las aceptaré y no tengo ningún remordimiento al hacerlo.

Todo será organizado desde el principio y como tal procede deberé inventar una situación convincente, quizá una enfermedad desconocida, una amante disgustada, un mal golpe en una pelea en la calle, sobredosis de algún producto. Mas no, poniéndome a pensar con la cabeza fría no puede haber cuerpo, ni señales que pueden distinguir ningún cadáver, la policía debe asegurarse de que he muerto pero jamás deberá encontrar un cuerpo pues delataría mi intención de falsificar mi deceso.

Veamos, digamos que saliendo del trabajo tengo un accidente de tránsito después de haber renunciado al mismo, mis emociones se desbordaron y no pude evitar aquel poste, el auto chocó y la explosión destruyo toda la evidencia. A decir verdad no es mala idea, aunque la velocidad y la explosión deberían ser muy fuertes y aun así deberían quedar restos para un análisis de ADN. Esto no funcionará.

Quizá en un accidente aéreo aunque la teoría anterior tendría también validez y no soy fanático de aventurarme solo en una avioneta y en un vuelo comercial debería involucrar a más gente y asesino no soy.

Un viaje a la selva y digamos que un criatura del bosque devoró lo que quedaba de un pobre turista que deambulaba sin conocimiento de la zona. Pues, es una buena opción pero realmente no es muy convincente.

La pregunta es ¿En qué caso la policía asume que estás muerto, sin que exista evidencia de aquello? Pues fácil hay miles de desaparecidos que se asume están del otro lado, pero esto llevaría mucho tiempo de investigaciones y quiero algo concluyente con testigos y que selle mi deseo final.

Después de varias opciones he elegido la que me pareció más conveniente, el inmenso e impávido océano. Alquilaré un yate con algunos ahorros que tengo en el banco. Deberá ser sencillo pero convincente, la víctima salió del puerto A, lo cual tendré que hacer en la presencia de varios testigos, y se dirigió hacia alta mar. El yate sufrió naufragio y no se pudo encontrar cadáver alguno en el vasto mar a pesar de una búsqueda intensiva por mar y aire. Entre los restos del yate se encontraron sus

pertenencias, que abandonaré junto con mi vida.

He buscado y consultado con los especialistas en el clima cual es la peor temporada para salir en un bote a alta mar, pues escogeré una de estas fechas para hacer más creíble el naufragio.

Lo de hundir el bote suena bastante difícil aunque conseguiré uno viejo y con las maniobras adecuadas bueno, será una tarea ardua pero no imposible

Una vez en alta mar, deberé procurar llevar algún medio de transporte para volver a tierra y quemar toda evidencia. Ir hacia alguna playa abandonada, todo esto está en el mapa que he trazado.

Luego bueno simplemente desaparecer, dejarme el bigote, que crezca un poco mi cabello y vivir un tiempo en algún pueblo donde pueda mezclarme con la gente. Tengo algunos ahorros para sobrevivir por unos meses, luego aprenderé algún oficio y viviré de aquello, pero en el corto plazo deberé ser una persona de bajo perfil que pueda mezclarse con el lugar sin levantar ninguna sospecha, un vagabundo sin registros, sin identidad, sin historia. Seguramente iré hacia algún pueblo costero de Sudamérica lejos de mi ciudad y bueno tomaré un nombre común como, José Perez o Juan Tapia, o mejor quizá la gente del lugar solo me conozca por algún sobrenombre por mi tosca apariencia.

Aquel que lea este relato quizá crea en lo que contiene, pues bien le aseguro que costará mucho llegar a mí, investigar todas las personas que desaparecieron en alta mar en las costas del continente, quizá, de habla hispana en una fecha inexacta, pero y quién le asegura que es cierto?

La verdad no quiero que nadie me encuentre, pero tampoco quería irme del mundo sin más y expresar estas palabras es como un adiós para mí, por lo menos adiós a mi vida anterior. Recuerde esta es una carta única y solo usted lo sabe, aunque no sé quién es, ni su condición, ni sus circunstancias.

Espero mi querido amigo que sea muy difícil encontrarme y este es el único medio que he dejado de manera anónima y a un desafortunado desconocido. Aquí pues la verdad detrás de mi muerte, si no me encuentra pues es que mi plan ha funcionado perfectamente y si lo hace pues, le contaré mi historia.

El gran detective

Hoy se cumplían 10 años desde que había logrado meter a la cárcel a su más acérrimo rival. Había jugado su vida y toda su reputación por ver caer a aquel hombre que había dominado el crimen organizado y que había puesto en jaque a todas las instituciones, especialmente a la policía.

Miles de hombres corruptos cayeron y junto a su equipo logró desarticular redes de tráfico de licor que se extendían por todo el país.

Hoy la placa que cuelga en su pequeño departamento no es más que un vetusto recuerdo de épocas mejores. La gran ironía de su vida es que hoy se juega la vida con el alcohol. El vicio que dio a su rival las más grandes riquezas hoy al él le da los peores golpes.

Sí, el típico detective que ha caído en desgracia y hoy cede al alcoholismo para olvidar sus fantasmas. Pero no, no es eso lo que lo tiene mal.

El más grande detective que aplastó la corrupción se ha topado con otro tipo de mal, un mal mucho menos extravagante, aunque no menos espantoso.

Llevaba la cuenta exacta de los cuerpos encontrados, más de 30, sin embargo, solo 10 podían atribuírsele directamente. El infame asesino de los torsos.

¿Cómo aquel que había luchado contra el visible mal de la corrupción y el tráfico ilegal podía luchar contra alguien tan etéreo? Un terror entre las sombras.

Como todo en su vida se lo tomó muy personal, eso fue su error. Las noches en vela y la ansiedad van matando de a poco. Mucho más cuando tu vida personal ha sido sacrificada por el deseo de victoria profesional.

Si bien el traficante estaba tras las rejas, el asesino caminaba impune por las calles. Eso era suficiente para removerle el estómago, así como martillarle la cabeza lentamente.

El asesino y el detective, son dos lados de la misma moneda. El detective no había sido un ángel al utilizar métodos discutibles para encontrarlo.

El detective intentando entender lo que persigue pierde su alma adentrándose en la mentalidad y la enfermedad de su objetivo.

Poco a poco fue perdiendo la voluntad. Si bien había sospechosos nunca encontró la evidencia que pudiera cerrar el caso definitivamente. Eso es lo que lo mató. No cuando murió físicamente, moría cada día al sentir inconclusa la verdad que perseguía.

Dueño de una moral inquebrantable, se quiebra por la incertidumbre por la impunidad y la duda. Así fue como su vida acabó, con la gran interrogante de saber si fue o no el gran detective.

Déjà vu

Estaba sentado en su sillón de cuero cobrizo mientras leía el diario tomando con su otra mano la taza usual de café matutino. Sus pies reposaban sobre su mesa de cristal impoluto.

Entre los párrafos varios cuadros y datos con cotizaciones de bolsa – Otro día al alza – Pensó, mirando por los grandes ventanales de su oficina.

Al pasar de página vio un gran titular en la sección de noticias:

“Mujer cae desde el piso 30 en reconocido edificio del centro de la ciudad”

¡Elisa! – Gritó – ¿Cuándo pasó esto?

No he tenido noticias de que alguien haya caído del edificio señor – Le dijo mientras miraba el diario.

¿No? Quizá el conserje sepa algo ve a preguntarle.

La mujer de corta estatura y con su uniforme desalineado salió corriendo entre resoplidos, hacía el pasillo de la oficina.

El hombre miraba aún con incredulidad el titular y mientras lo hacía una pequeña ventisca lo agitó haciendo que quitase los pies de la mesa y tirándolas al suelo.

Una mujer uniformada pasó de arriba a abajo como un manchón borroso fuera de su ventanal. Apenas se pudo escuchar nada más que el roce de su falda contra el aire mientras caía súbitamente hacía el vacío.

El hombre de un impulso fue directo hacía la ventana a grandes pasos acelerados. Miró hacia afuera, la mujer yacía en el fondo estirada sin más en el pavimento.

Se sujetó del marco de la ventana para ver mejor – Vaya que altura – Se dijo.

Los ventanales habían sido colocados hace unas pocas semanas. Sus dedos se sintieron firmes. Sin embargo, algo no estaba bien, se sintió desequilibrado y mientras veía a la mujer en el fondo se sintió también en el vacío. Rozaba el aire sus mejillas mientras resbalaba por el muro junto a trozos de cristal donde pudo ver su rostro.

Elisa subía refunfuñando las escaleras. Ese día no habían funcionado los ascensores – Malditos jefes, una debe solucionarles la vida – Pensó.

Al llegar al último piso. Vio al conserje llevando varios ventanales de un lado al otro. Parecían espejos pues no eran transparentes por completo.

Se sintió un poco desorientada.

—José, Buenos días.

—Buenos días, señorita. ¿Cómo se encuentra?

—Bien José, pero con prisa. ¿Tal vez ha visto el diario de hoy?

—No lo he leído aún.

—Menciona que una persona se ha lanzado de este edificio, justamente desde este piso.

—¿Qué? No señorita. Nadie ha venido aquí, solo usted.

—¡Vaya! Será que el diario era de otro día.

—Podría ser señorita. El diario de hoy lo deje en el andamio que esta hacia el fondo. Pero tenga cuidado, las tablas están un poco roídas, ya sabe aquí no hay quién me ayude.

Miró hacía el fondo. Era una amplia terraza de concreto y ladrillos con muros de menos de 1 metro. Caminó rápidamente hacía donde le había indicado el conserje.

El diario estaba en una de las esquinas del viejo andamio. José solía tomar siestas junto a él. Vaya que ese hombre no sufría de vértigo— Pensó.

Se arrodilló en el concreto, juntando sus rodillas desnudas. Sostenía su falda entre sus dedos pues el viento era muy fuerte e ingresaba por la apertura del andamio donde en esa zona no habían construido ningún muro. Estiró su mano derecha para tomar el diario. Con la punta de sus dedos lo arrastró hacia el concreto evitando que cayese hacia el vacío. Los transeúntes y las pequeñas tiendas se veían a lo lejos.

Suspiró un momento mientras una gota de sudor corría por su cuello. Mientras se incorporaba fue buscando la sección de noticias. Miró algo extrañada y confundida:

“Hombre cae desde su oficina en el piso 20 en reconocido edificio del centro de la ciudad”

—Miré por usted misma —Le dijo el conserje que al parecer la había seguido hasta allí.

—¿El qué?

José le señaló el viejo andamio. Ella ya de pie, tomó las cuerdas y se ubicó entre las tablas para mirar al suelo. Treinta pisos abajo yacían lo que parecía un hombre entre varias piezas de cristal y el rojizo pavimento.

Aún sin saber bien que estaba pasando. Quiso regresar a ver a la persona a sus espaldas. Fue en vano puesto que sintió un fuerte empujón en su parte posterior. Cayó irremediamente al vacío.

Mientras el viento rozaba su uniforme. Pudo apenas distinguir unos pisos más abajo a un hombre mirándola desde su oficina.